

Pero los hombres no se concentran todos en un punto, ni se colocan como en las casillas de un tablero de ajedrez que cubriera la Tierra. Su distribución es en extremo irregular y obedece á leyes de múltiples factores. Parece que la primera condición hubiera sido procurarse el alimento, y que en el curso de las edades los hombres se hubieran gradualmente aproximado á la zona tropical, donde, dice Humboldt, algunos metros cuadrados bastan para alimentar al habitante; después, finalmente, estrecharse en esos territorios de eterna primavera, donde casi ningún trabajo es necesario para asegurarse la existencia. La verdad es muy diferente: prescindiendo de la cuestión de saber cuál fué el origen de la raza humana, ó de las razas humanas, preciso es hacer constar que en ninguna época los países cálidos han sido habitados por una población más densa que las otras comarcas; actualmente la fracción de la humanidad que vive en la cintura ecuatorial es muy inferior á lo que exigiría una repartición uniforme sobre el globo. Hasta puede decirse que desde hace dos mil años se ha operado hacia el Norte una especie de movimiento de las agrupaciones humanas que han llegado á formar naciones cultas. Si el hombre vive de nada en ciertas partes de la zona tropical, no prospera en ellas, y la existencia puramente vegetativa, no le conduce á desarrollar su inteligencia y á hacerse dueño de la naturaleza demasiado clemente que le rodea. El hombre pulula, por el contrario, en los territorios que reclaman de su parte un trabajo constante, de donde resulta una evolución gradual de su ser. Salvo algunas excepciones, esas «regiones del esfuerzo» están todas situadas en la zona templada septentrional.

Resulta, pues, que, por necesidad de trabajo ó por desprecio del clima, ninguna comarca se ha hallado demasiado fría para la existencia del hombre. En la zona donde el suelo está endurecido por largos meses de invierno, el habitante primitivo encontraba medio de vida dedicándose á la pesca ó á la caza; al presente la humanidad ha sabido procurarse allí provisiones en abundancia; por el vestido, las habitaciones confortables y el combustible ha creado un medio nuevo, transportando al Norte el clima del Mediodía: careciendo de sol, ha almacenado sus fuerzas y las utiliza lejos de las comarcas donde obran naturalmente. Ya no causa admiración ver ciudades

poderosas como Petersburgo á tanta distancia del ecuador, bajo el grado 60 de latitud, muy cerca de la línea isotérmica que indica el punto del hielo para la temperatura media anual: más de un millón de personas se estrechan en aquella ciudad de fundación apenas secular, construída sobre un suelo alternativamente fangoso y helado. En Siberia muchas ciudades situadas al norte del cero isotérmico se pueblan rápidamente; grupos de habitaciones permanentes se fundan cada año en la dirección del polo. En 1890, hacia el grado 49, bajo la misma latitud que Francia, se hubieran hallado en el Canadá oriental los últimos cultivos y las últimas casas de los blancos; pero allí también, como en el mundo antiguo, la población se continúa hacia el círculo polar. Nada impide que la bahía de Hudson reciba un collar de ciudades sobre todo su contorno y que se funden comercios, sanatorios, fábricas y establecimientos científicos en el archipiélago de la Artida. El Spitzberg tiene ya sus hoteles, sus tinglados para la carga y descarga, sus principios de caminos; acaso tendrá un día su Babilonia y su Alejandría.

Estando ya la Tierra abierta á todos — á lo menos en principio, porque el hombre no se pertenece aún, — conviene á cada individuo, á cada grupo de amigos dejarse ir espontáneamente á la fuerza de atracción que tal ó cual parte de la Tierra ejerce sobre ellos. Nada sería más fácil, al parecer, que realizar el voto formulado por Ricardo Wagner de organizar una «emigración racional» del género humano hacia los países del Mediodía; pero no se ha dicho que de la movilidad actualmente adquirida por el hombre, resulta el movimiento de que habla el artista. Los individuos en buena salud se hacen un ideal conforme al clima que les ha modelado; ¡cuántas veces se ha visto un Escocés sofocarse de calor al lado de un Meridional aterido de frío! Todo lo que se puede prever es que un porvenir próximo sabrá utilizar los climas diversos del globo para hacer frente á las debilidades del organismo individual: el niño podrá ser criado al aire vivificante del Norte, el reumático podrá hallar un clima seco, el nervioso podrá residir en las cimas de las montañas, el anciano se calentará en los países del sol.

Ya proceda de cada hombre aislado ó de todo grupo humano, el deseo de cambiar de residencia, la población de la Tierra se halla

retenida en su evolución por una serie de fenómenos en que la rutina y la fuerza de antiguas supervivencias influyen en gran manera. El planeta está recortado políticamente por una red de fronteras que dividen las diversas partes de la Tierra declaradas propiedad imperial, real ó nacional, y se ha de realizar toda una revolución del pensamiento antes de modificar á este respecto las convenciones tradicionales. Por lo demás es tanto más fácil desatinar, engañarse y engañar á los demás en semejante asunto, cuanto que se imaginan bajo una misma palabra cosas muy diferentes y que hasta se las emplea en la conversación corriente en sentidos muy opuestos de amor y odio, de ternura y de ferocidad. Tal es la palabra «patria», que significa el lugar donde se despierta á la vida en los brazos del padre, y que se comprende también como el territorio cerrado en cuyo rededor todos los hombres son enemigos.

Verdad es que, tomada en su primera acepción, el amor de la «patria» es legítimo y normal. Se ama naturalmente más lo que se conoce mejor: nada más conforme á la evolución humana. La comunión de amor creada por el trabajo hace querer el surco de donde se ha sacado el sustento, donde se ha penado, donde se ha sufrido, y también donde, después de penas y fatigas, se ha encontrado consuelo y reposo. En esta tierra que nos ha dado la existencia y los medios de conservarla, se han formado también todas las asociaciones de la vida; en ella, después de haber mamado la leche materna, se vieron y se conocieron todos nuestros semejantes, se amó y se fundó la familia, se saboreó la caricia del lenguaje que se comprende y del canto que nos hizo reír ó llorar. He ahí puras y nobles fuentes que manan directamente de las condiciones normales de la vida. No es extraño que cada grupo humano, creyéndose, si no solo en el mundo, al menos el único interesante y merecedor de la felicidad, dé un valor excepcional al rincón de tierra que habita, ni que las otras regiones le parezcan inferiores porque no le pertenecen. Además, las comarcas más populosas, las «patrias» más «ilustres», distinguiéndose entre todas por ventajas materiales evidentes, dan á sus habitantes la idea de un mérito colectivo, como si el suelo del territorio nacional, más noble que el de otros países, fuera una recompensa especial debida á sus residentes por el Destino.

Esta ilusión de propietario explica hasta cierto punto la pretensión que tiene el patriota de amar su país con amor excesivo; pero á esa causa se unen otras que son execrables. Si en toda nación se encuentran individuos que trabajan por desembarazarse de toda preocupación, de todo impulso irracional, de toda idea puramente tradicional, la nación misma en su conjunto se halla todavía en la moral primitiva de la fuerza; complácese en asolar, arrebatar, matar y cantar victoria sobre los cadáveres insepultos; se glorifica



UNA CASA EN LA FRONTERA EN HALLUIN (NORTE)

De una fotografía de M. Leprêtre.

con todo el daño que sus antepasados hicieron á otros pueblos; se entusiasma, enloquece celebrando en verso, en prosa, en representaciones triunfales todas las abominaciones cometidas por los suyos en país extranjero, y hasta invita solemnemente á su dios á participar en la embriaguez popular. Y no se limita á ponderar las matanzas antiguas, sino que se complace en preparar otras nuevas, no sólo contra países limítrofes, sino, lo que es más incomprensible, contra tierras lejanas cuyos habitantes ni siquiera han oído hablar de sus invasores. Al amor del suelo y de la lengua natal, que se alaba siempre cándidamente como fuente de patriotismo, se mezclan la avidez del pillaje y el odio al extranjero para hacer que florezca esa flor híbrida que suele celebrarse como la más bella. No

obstante, los progresos morales é intelectuales realizados durante el curso de las generaciones han abierto muchos ojos; no son pocos los que comienzan á comprender cuán absurdo es en los otros ese egoísmo «etnocéntrico» que no quieren admitir que sea tan estúpido en ellos mismos. Cualquiera que sea nuestra verdadera significación nacional, todos queremos ser el «pueblo del Medio», como los Chinos. Si la «gran nación» francesa ha repetido por las mil voces de sus diarios que «marcha á la cabeza de la civilización», Hegel, á quien los Alemanes creen confiados en su palabra, afirma que su pueblo es «la incorporación del espíritu objetivo», lo que puede traducirse por esta frase más sencilla: «los Alemanes son los únicos que comprenden la verdad»¹.

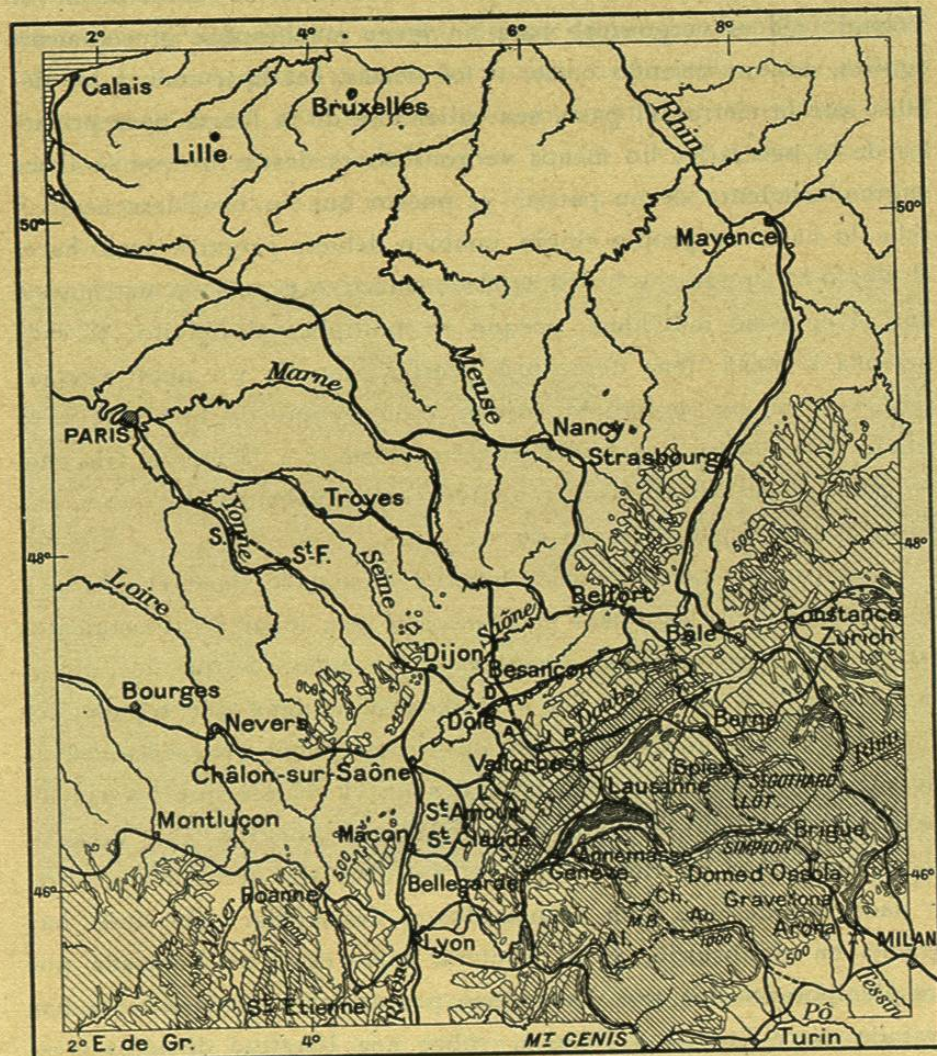
Al mismo género de manía ha de atribuirse el insistente mal gusto con que los sabios de diversos países afectan hablar de sus trabajos como perteneciendo á la ciencia «alemana», á la ciencia «francesa», sin comprender que esa vanidad es tan ridícula como la que resultaría de envanecerse de la ciencia «borgoñona», «valdense» ó del Salzkammergut.

¡Qué contraste con el lenguaje de nuestros antepasados de 1789! Escúchese á Condorcet hablando del establecimiento del sistema métrico: «La Academia ha procurado excluir toda condición arbitraria, todo lo que pudiera indicar á sospechar la influencia de un interés particular de Francia ó de una pretensión nacional; ha querido, en una palabra, que, si los principios y los detalles de esta operación pudieran pasar solos á la posteridad, fuese imposible adivinar por qué nación fué ordenada y ejecutada». Y el decreto de la Constituyente en 1792 reproducía la idea en términos semejantes. En la misma época el estandarte del conde de Warwick, tomado durante la guerra de Cien años, en 1427, fué quemado por la guardia nacional de Montargis como tributo respetuoso á la fraternidad de los pueblos.

El fondo del debate sobre la idea de patria y sobre los problemas políticos en general consiste en saber si existe una moral colectiva diferente de la moral individual; si la grosería censurada al hombre aislado es plausible en los grupos cultos. La psicología

¹ Ludwig Gumplowicz, *Sociale Sinnestäuschungen*, «Neue Deutsche Rundschau», 1896.

N.º 476. Vías férreas entre Calais y Milán.
(Véase pág. 333)



1: 5 000 000

0 100 200 300 Kil.

Trabajo en ejecución: Túnel de Lötschberg, desde Spiez á Brigue.
Trabajos en proyecto, que suscitan grandes objeciones: Joux en Vallorbes mejorando la línea de Pontarlier; Lons-le-Saulnier á Ginebra por Saint-Claude; Saint-Amour á Bellegarde; Chamounix á Aosta, sub-franqueando el Mont-Blanch; Albertville á Aosta por el pequeño Saint-Bernard; Sens á Saint-Florentin; Labarre (D) á Arc-Senans (A).

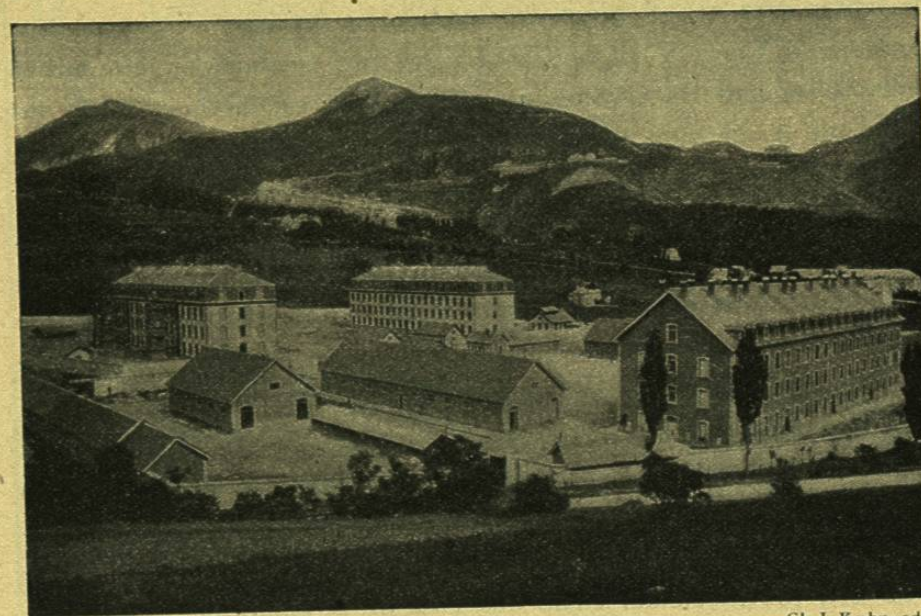
de las multitudes es indudablemente una ciencia nueva, pero no ha intentado jamás presentar como bueno lo que constantemente con-

dena como malo en el individuo. Basta conformarse con la «moral cristiana», para tener que admitir la verdad de la observación de Tolstoi: «Si es vergonzoso para un joven manifestarse groseramente egoísta, sea no dejando comer á los demás, sea apartando á los débiles que le cierran el paso, sea valiéndose de la fuerza para privarles de lo necesario, no menos vergonzoso es desear lo que se llama engrandecimiento de su patria, y, puesto que se considera necio y ridículo hacer su propio elogio, también debiera juzgarse necio hacer el elogio de su país...»¹. El egoísmo colectivo es todavía más funesto que el egoísmo individual, porque se multiplica al infinito; si cada persona humana tiene derecho á nuestra simpatía y á nuestra adhesión, con mayor motivo lo exigen cada grupo de hombres, cada tribu, cada nación. Ateniéndose sencillamente á la moral, tal como se practica actualmente entre gentes que se respetan, los odios patrióticos no tienen ya razón de ser.

Las patrias, tal como cada hombre de Estado tiene el «deber» de levantar sobre las demás naciones, sólo dan lugar á razonamientos falsos y á complicaciones funestas. Ante todo, lo que los diplomáticos repiten acerca de las «fronteras naturales» que separan los Estados en virtud de una especie de predestinación geográfica, carece de razón. No hay fronteras naturales en el sentido que les dan los patriotas. Dejando aparte el caso de las islas, como la Gran Bretaña, todos los límites marcados entre las naciones son obras del hombre, y nada impide que sean desplazados ó destruidos. Sin duda hay grados en el absurdo, y tal frontera, como esa línea truncada que los plenipotenciarios, tras discusiones, protocolos y rectificaciones han trazado entre Francia y Bélgica, sobre una longitud de unos trescientos kilómetros á vista de pájaro, es una fantasía risible para el contrabandista y alguna vez muy molesta para el viajero pacífico; pero las líneas de partición política trazadas sobre las cimas alpinas y sobre las crestas de los Pirineos no son menos arbitrarias y no respetan más las afinidades naturales. Es indudable que el límite franco-belga separa Flandes de Flandes, Hainaut de Hainaut y Ardenne de Ardenne; pero la línea de demarcación señalada de piedra

¹ La Revue Blanche, 1.º Mayo 1896, traducción de Alf. Athys.

en piedra sobre los grandes Alpes, ¿no corta en dos unos territorios cuyos habitantes hablan la misma lengua, practican las mismas costumbres y formaban parte en otro tiempo de la misma confederación? ¿No ha rechazado violentamente de un lado hacia Italia, de otro hacia Francia, los *escarts* del Briançonnais, antes unidos en república? Y en los Pirineos, ¿no desune la frontera Vascos y Vascos, Aragoneses y Aragoneses, Catalanes y Catalanes? Muy á su pesar, pastores y leña-



Cl. J. Kuhn, edit.

UNA VISTA DE BRIANÇON — CUARTELES Y FORTIFICACIONES

dores de una y de otra parte respetan esa línea ficticia que, de parte de los Estados soberanos, les valen amenazas, multas y prisiones.

En resumen, el río es todavía la frontera menos nefasta de todas, porque la atracción ejercida por los suelos fértiles del valle y el comercio que por él circula, se opone á la tendencia que tiene la frontera á despoblar sus inmediaciones, mientras que en la montaña esta última acción se une á la de la altura, cuyo efecto normal es rarificar la población. No es extraño, pues, que sobre algunas decenas de miles de kilómetros que suman los límites de los Estados europeos, la corriente de agua no entre á lo sumo más que por un millar de kilómetros, cuyo trozo más largo está representado por